

nebeau se le saltaron las lágrimas. El desastre fué completo: porque se rompió una compresa, y las aguas desbordadas del canal se precipitaron en el agujero, formando una catarata infernal. La mina absorbía aquel río; la inundación invadiría todas las canteras durante muchos años. Pronto el cráter estuvo lleno, y un lago de agua encenagada ocupó el sitio donde pocas horas antes se veía *La Voreux*; un lago parecido á aquellos bajo los cuales duermen para siempre las ciudades malditas. Reinaba un silencio aterrador.

Entonces Souveraine se levantó de su sitio. Había visto desde lejos á la viuda de Maheu y á Zaccarías sollozando ante aquella masa de agua, cuyo peso aplastaba á los infelices que estaban en el fondo. Y el ruso, después de tirar su cigarrillo, se alejó lentamente, sin volver la cabeza atrás. Era ya de noche; á lo lejos, la sombra de Souveraine desaparecía en la oscuridad. ¿A dónde iba? Al exterminio; adonde quiera que hubiese dinamita para destruir ciudades y aniquilar hombres. Los burgueses no habían tenido jamás un enemigo tan temible.



IV.

QUELLA misma noche, el señor Hennebeau salió para París, deseoso de dar personalmente cuenta á la Compañía de aquel desastre, antes de que los periódicos pudieran publicar la noticia. A su regreso, le encontraron todos muy tranquilo. Evidentemente, había salvado su responsabilidad, y sin duda no incurrió en el desagrado de sus jefes, porque veinticuatro horas después se publicaba el decreto nombrándole caballero de la Legión de Honor.

Pero si el director quedaba á salvo, la Compañía, en cambio, acababa de recibir un golpe terrible. No se trataba ya de algunos millones de pérdida, sino de las preocupaciones terribles que traía en pos de sí la desaparición completa de una de sus mejores minas. Tan resentida quedó, que nuevamente creyó deber recurrir al silencio. ¿A qué

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
441 FONSO
Año. 1920

hablar del abominable atentado? ¿A qué hacer un mártir del autor del crimen, si por acaso era descubierto, para que su infernal heroísmo exaltara otras cabezas y fuese el comienzo de una serie de incendios y de asesinatos?

Por otra parte, no sospechaba quién podía ser el verdadero culpable, y acabó por creer en la existencia de un ejército de cómplices, porque no podía admitir que un hombre solo tuviese audacia y fuerzas suficientes para realizar semejante tarea; en aquello precisamente estaba el miedo que sentía, creyendo amenazadas todas las minas. El director había recibido orden de organizar un sistema de espionaje, y después, de ir despidiendo uno á uno, como quien no hace la cosa, á todos los obreros que inspirasen sospechas de haber intervenido en el crimen. Contentáronse, pues, con aquella resolución, que les parecía la más prudente.

La única víctima inmediata fué Dansaert, el capataz mayor, quien, después del escándalo dado en casa de la mujer de Pierron, se había hecho imposible. Y se tomó el pretexto de su actitud á la hora del peligro, y de su cobardía abandonando á la gente, para echarlo á la calle. Además, aquella medida constituía una especie de concesión á los mineros, de los cuales era muy odiado el capataz.

Sin embargo, empezaron á circular extraños rumores, y la Dirección tuvo que enviar á los periódicos un suelto rectificando la especie de que todo había sido efecto de un barril de pólvora preparado

por los huelguistas. Los ingenieros del Estado, después de una rápida información, convinieron en que todo ello había sido una avería en las obras de revestimiento, producida por las grandes masas de agua subterráneas, cuya presión no había podido resistir el maderamen; y la Compañía tuvo por conveniente callar, á pesar de que aquel informe venía á ser para ella una acusación de falta de vigilancia. En los periódicos de París, á los dos ó tres días, todo lo relativo á la catástrofe fué publicado en lugar preferente de la sección de noticias: todo el mundo hablaba de los pobres obreros enterrados en la mina, y todo el mundo leía con avidez los telegramas referentes al desastre. En el mismo Montson, los burgueses se asustaban de oír hablar de *La Voreux*, en torno de la cual se iba formando una leyenda, que los más animosos no se atrevían á repetir siquiera. Toda la comarca mostraba gran compasión hacia las víctimas; organizábanse paseos á la destruída mina, y la gente acudía presurosa, para procurarse el triste espectáculo de contemplar los escombros.

Deneulín, nombrado ingeniero de división, empezó á ejercer sus funciones en circunstancias tan anormales; y su primer cuidado fué tratar de volver las aguas del canal á su cauce, porque aquel torrente que se precipitaba por la mina constituía una causa de peligro constante. Eran necesarios gigantescos trabajos: inmediatamente fueron cien obreros dedicados á la construcción de un dique.

Dos veces seguidas la impetuosidad de la corriente se había llevado las primeras obras; así es, que hubo que colocar bombas y entablar una lucha formidable con la naturaleza para reconquistar aquel pedazo de terreno.

Pero la opinión estaba todavía conmovida al recuerdo de la gente sepultada. Negrel, encargado de intentar un supremo esfuerzo en obsequio á ellos, no careció de brazos, porque los carboneros acudían en masa á ofrecer sus servicios en pro de sus hermanos. Ya se olvidaban de la huelga, y se preocupaban poco del jornal, puesto que estaban dispuestos á exponer su vida aunque no les diesen un cuarto, desde el momento que se trataba de salvar á compañeros suyos que se hallaban en peligro de muerte. Todos estaban allí, con sus herramientas en la mano, deseando que les dijese dónde tenían que trabajar. Muchos de ellos, enfermos de espanto después de la catástrofe, agitados por temblores nerviosos, inundados de sudores fríos, en la obsesión de continuas pesadillas, se levantaban, sin embargo, de la cama, y se mostraban animosos en aquella batalla contra la tierra, como si hubiesen menester un desquite. Por desgracia, el inconveniente principal era que no se sabía qué hacer, ni cómo bajar, ni por qué lado atacar las rocas.

En opinión de Negrel, ninguno de aquellos infelices sobrevivía, porque de seguro los quince, ó habían sido aplastados, ó habían muerto por asfixia; en estas catástrofes mineras, la regla general es

siempre suponer que viven los hombres sepultados entre los escombros; pero en la hipótesis de que esta vez tuviesen razón los que creían vivos á los quince infelices, el primer problema que debía resolver era averiguar dónde se habían podido refugiarse. Los capataces y los mineros viejos, á quienes consultó, estaban unánimes en este punto: sus compañeros, huyendo de la inundación, habrían subido, ciertamente, de galería en galería, hasta las canteras más altas, de modo que, sin duda, se encontraban refugiados en el fondo de alguna vía superior.

Esto, además, concordaba con lo dicho por el tío Mouque, de cuyo embrollado relato se dedujo, que los fugitivos se habían dividido en diferentes grupos, perdiéndose de vista unos á otros, en su afán de huir del nivel de las aguas; pero las opiniones estaban discordes en cuanto se ponían á discutir los medios que había que emplear con probabilidades de éxito. Como las vías más próximas á la superficie se hallaban á ciento ochenta metros de profundidad, era inútil pensar en abrir un pozo. Quedaba, pues, *Requillart*, el único sitio por donde creían verosímil acercarse á los infelices que trataban de salvar.

Lo malo era que como la antigua mina estaba á su vez inundada, había desaparecido la comunicación con *La Voreux*, y no existían libres de las aguas más que algunos trozos de las galerías del primer piso. Achicar el agua hubiese sido empresa

para muchos años; así es, que la mejor medida era reconocer cuidadosamente aquellas galerías, para ver si se comunicaban con las canteras inundadas, en las cuales se suponía que se hallaban las desgraciadas víctimas de la catástrofe. Antes de llegar lógicamente á este proyecto, se habían discutido muchos otros, que por inútiles fueron rechazados.

Negrel revolvió los archivos, y cuando encontró los antiguos planos de las dos minas, los estudió detenidamente, y determinó los puntos donde debían hacerse pesquisas.

Poco á poco aquella tarea le entusiasmaba; á su vez había sido invadido de la fiebre de hacer bien á sus semejantes, á pesar de su irónica indiferencia por los hombres y por las cosas todas de este mundo.

Tropezó con no pocas dificultades para bajar á *Requillart*, puesto que ante todo fué necesario hacer practicable la boca del pozo y reparar las escalas, que estaban casi podridas. Luego empezaron los tanteos. El ingeniero bajó con diez trabajadores, haciendo que éstos dieran golpes en determinadas partes de la vena; y en medio de un profundo silencio, todos pegaban la oreja á la hulla, para ver si se oían algunos golpes lejanos que contestaran á los suyos. Pero en vano fueron recorridas todas las galerías practicables; no se oía nada. Las dificultades aumentaban continuamente. ¿Por dónde comenzar los trabajos? ¿Hacia quién dirigirse, si parecía que no había nadie allí? Y, sin embargo,

no se cedía; se continuaba buscando en medio de una angustia siempre creciente.

Desde el primer día, la viuda de Maheu llegaba por las mañanas muy temprano á la entrada de *Requillart*, sentábase junto á la boca del pozo, y de allí no se movía hasta la noche. Cuando algún hombre subía, se levantaba para interrogarle:

—¿Nada?

—No; nada.

Y la infeliz se sentaba otra vez, y esperaba sin decir palabra. Juanillo, al ver que invadían su madriguera, había rondado por los alrededores, temeroso de que descubrieran sus fechorías, y pensaba, entre otras cosas, en aquel soldado enterrado entre las rocas; pero aquella parte de la mina se hallaba inundada; y, además, los trabajos se dirigían más á la izquierda, por la galería Oeste. Al principio, Filomena iba también por acompañar á Zacarías, el cual formaba parte de la cuadrilla que trabajaba en tan humanitaria tarea; luego se aburrió de tomar frío sin necesidad y sin resultado, y se quedaba en su casa, pasando los días sin hacer nada más que toser.

Por el contrario, Zacarías no descansaba un momento en su ansia de encontrar á su pobre hermana. De noche soñaba con ella, imaginándosela hambrienta y destrozada, ronea ya de tanto gritar pidiendo socorro. Dos veces quiso empezar á cavar sin nadie mandárselo, asegurando que acababa de oír su voz. El ingeniero le prohibió que bajase, y

el pobre no se separaba de la boca del pozo, sin tener siquiera tranquilidad para sentarse al lado de su madre, acometido por una necesidad imperiosa de hacer algo.

Se hallaban en el tercer día de trabajo. Negrel, desesperado, estaba resuelto á desistir de todo, si aquella misma noche no se obtenía algún resultado. A mediodía, después de comer, cuando volvió á bajar con la gente para intentar un esfuerzo supremo, quedó sorprendido al ver salir de la mina á Zacarías, muy encarnado, gesticulando como un loco, y gritando:

—¡Está ahí! ¡Me ha contestado! ¡Venid, venid pronto!

Había bajado la escala, á pesar de la prohibición del guarda, y juraba y perjuraba que en la primera galería del filón *Guillermo* estaban dando golpes.

—Ya hemos pasado dos veces por ese sitio—le contestó Negrel con incredulidad.—En fin, veremos.

La viuda de Maheu, temblando, se había levantado del suelo, y fué necesario evitar á viva fuerza que bajase como quería.

La pobre se quedó esperando en la boca del pozo, inmóvil, silenciosa, con la mirada fija en la oscuridad.

Abajo, Negrel dió tres fuertes golpes en la roca; luego aplicó el oído á las paredes de la galería, recomendando á la gente el mayor silencio. No se oyó nada. El ingeniero, desanimado, movió la ca-

beza. Evidentemente aquel pobre muchacho estaba soñando. Zacarías, furioso, empezó á dar golpes también, y de nuevo oía que le contestaban; sus ojos echaban chispas, y sus miembros todos se agitaban convulsivamente. Entonces todos los demás obreros hicieron la misma prueba, uno detrás de otro, y, en efecto, todos dijeron oír golpes y voces allá á lo lejos, muy lejos. El ingeniero estaba asombrado; pegó nuevamente el oído á la pared, y acabó por percibir un ruido ligerísimo. La hulla transmite los sonidos, lo mismo que el cristal, á grandes distancias. Un capataz, que se hallaba presente, calculaba que el espesor del bloque que los separaba de sus compañeros era, cuando menos, de cincuenta metros. Pero á nadie le parecía demasiado; todos consideraban fácil la tarea, y á las órdenes de Negrel empezaron inmediatamente á trabajar.

Cuando Zacarías vió á su madre, los dos se abrazaron y rompieron á llorar.

—No os hagáis ilusiones—dijo la mujer de Pierron, que había ido á pasear por allí aquella tarde; —porque si luego Catalina no está, será mucho mayor la pena que sintáis.

Era verdad: acaso Catalina estaría en otra parte.

—¡Déjame en paz y vete al infierno!—gritó Zacarías fuera de sí.—Yo bien sé que está ahí.

La viuda de Maheu se había vuelto á sentar, silenciosa y sombría.

Cuando la noticia llegó á Montson, una multitud

grandísima acudió presurosa. Aunque nada se veía, todos deseaban estar allí, y fué necesario mantener á los curiosos á cierta distancia. Abajo trabajaban de día y de noche. Temiendo tropezar con algún obstáculo, el ingeniero había mandado abrir tres galerías descendentes que convergían hacia el punto en que probablemente se hallaban encerrados los mineros. Un solo trabajador iba abriendo brecha; lo relevaban de dos en dos horas, y el carbón, que se sacaba en espuertas, pasaba de mano en mano por medio de una cadena de hombres formada al efecto, y que se hacía más larga á medida que el agujero se prolongaba. Al principio, la tarea adelantó rápidamente; en un día perforaron seis metros.

Zacarías logró que lo destinasen al sitio de más peligro, y se enfadaba cuando iban á relevarle al cabo de las dos horas reglamentarias. Pronto la galería donde él trabajaba estuvo más adelantada que las otras dos; luchaba contra la hulla con verdadero furor. Cuando dejaba el trabajo y salía de allí, negro de carbón, embadurnado de fango, borracho de cansancio, se dejaba caer en el suelo, y tenían que envolverlo en una manta; pero á poco, vacilando aún, se levantaba, y volvía á emprender aquel trabajo penosísimo con más furia que nunca. Lo malo era que cada vez iba siendo más duro el carbón, y que se le rompían las herramientas por la misma violencia con que las empleaba, en su desesperación de no avanzar tanto como quería.

Molestábale también mucho el calor, insoportable en el fondo de aquel cañón de chimenea, donde no podía circular el aire. Un ventilador de mano funcionaba bien; pero la circulación de aire se establecía con grandes dificultades, y ya se habían sacado algunos obreros acometidos de un principio de asfixia.

Negrel vivía allí con sus trabajadores. Le bajaban las comidas, y algunas veces dormía un par de horas encima de un saco de paja y envuelto en su capote.

El valor de todos estaba sostenido por las voces de súplica de aquellos infelices enterrados en vida, voces cada vez más distintas. Ya se oían muy claras, así como los golpes, que sonaban como si los dieran en las teclas de esos pianillos de cristal con que juegan los muchachos. Ellos servían de guía á los trabajadores, que caminaban hacia aquél ruido cristalino, como en una batalla caminan los soldados hacia donde indica el estampido del cañón.

Cada vez que relevaban á un obrero, Negrel bajaba á su sitio, daba un golpe, y aplicaba en seguida el oído, á ver si segufan contestando. Ya no tenía dudas; avanzaban con buena dirección; pero ¡qué lentitud tan funesta! Sería imposible llegar á tiempo. Al principio, en dos días pudieron perforar trece metros; al tercer día ya no abrieron más que cinco; luego sólo cuatro. La hulla se endurecía de tal modo, que con gran trabajo conseguían perforar dos metros diarios. Al noveno día, des-

pués de esfuerzos sobrehumanos, habían conseguido avanzar treinta y dos metros, y calculaban que aún faltaban otros veinte. Para los pobres prisioneros era aquel el dozavo día: ¡doce veces veinticuatro horas, sin pan ni lumbre, sumidos en profunda oscuridad, y á una temperatura verdaderamente insoportable! Pensando en eso se arrasaban los ojos en lágrimas, y se animaban todos para atacar la hulla. Parecía imposible que pudiesen sufrir tanto; y, en efecto, el ruido de los golpes lejanos disminuía considerablemente desde el día antes, y Negrel y los suyos temieron que de un momento á otro cesara por completo.

Al noveno día, á la hora de almorzar, Zacarías no contestó cuando lo llamaron para el relevo. Estaba como loco, y desahogaba su furor á fuerza de juramentos. Precisamente Negrel, que había salido un rato, no estaba allí para hacerle obedecer, ni había nadie más que un capataz y tres mineros. Sin duda Zacarías, furioso de no tener bastante claridad para trabajar, habría cometido la imprudencia de abrir su linterna, á pesar de las órdenes severísimas en contrario dadas por Negrel, en vista de que se habían declarado algunos escapes de grisú. De repente estalló un trueno; una columna de fuego salió por la galería, como si ésta fuese la boca de un cañón cargado de metralla. Todo ardía; el aire se inflamaba como pólvora de un extremo á otro de las galerías. Y aquel torrente de llama arrastró al capataz y á los tres obreros, subió por

el pozo, y salió á la superficie en forma de erupción volcánica, que lanzaba piedras y pedazos de maderas á grandes distancias. Los grupos de curiosos huyeron despavoridos, y la viuda de Maheu, llevando en brazos á Estrella, á la cual tenía consigo porque no era posible dejarla en casa todo el día, echó á correr como loca, sin dirección fija.

Cuando Negrel y los obreros regresaron á la mina, fueron acometidos de una cólera terrible, al ver que, en lugar de salvar á unos compañeros, habían perdido á otros. Al cabo de tres horas de esfuerzos sobrehumanos y de peligros indescriptibles, cuando pudieron penetrar en las galerías, comenzó la lúgubre subida de las víctimas. Ni el capataz ni ninguno de los otros tres estaban muertos; pero se hallaban cubiertos de llagas horribles, de quemaduras tan atroces, que, en medio de sus gemidos, pedían á gritos que los acabaran de matar. De los tres mineros, uno era aquel que, durante la huelga, había dado el golpe de gracia á la bomba de *Gastón-Maria*; los otros dos llevaban en las manos señales de las cortaduras que se habían hecho á fuerza de tirar ladrillos á los soldados. La muchedumbre, pálida y temblorosa, se descubrió en silencio al verlos pasar.

La viuda de Maheu esperaba allí fuera, en pie é inmóvil. El cadáver de Zacarías apareció á su vez. La ropa se había quemado: el cuerpo no era más que un carbón negro, calcinado, imposible de reconocer. No tenía cabeza, porque se la había des-

hecho la explosión. Y cuando hubieron colocado aquellos horribles restos en una camilla, la viuda de Maheu le siguió automáticamente, con los párpados hinchados, pero sin derramar una lágrima. Llevaba en brazos á Estrella dormida; y cuando el fúnebre cortejo llegó al barrio, la pobre Filomena empezó á llorar amargamente, buscando así el consuelo que tanto necesitaba. Pero la madre, sin despegar los labios, regresó en seguida á *Requillart*; ya había acompañado el cadáver de su hijo, y ahora iba á recibir el de su hija.

Pasaron otros tres días. Habíanse reanudado los trabajos de salvamento en medio de inauditas dificultades. Por fortuna, las galerías no quedaron cegadas á consecuencia de la explosión de grisú; pero estaba el aire de tal modo viciado, que fué necesario montar más ventiladores. Cada veinte minutos se hacía el relevo. Tanto se avanzaba, que ya no debían separarlos de sus compañeros más que un par de metros á lo sumo. Pero ya trabajaban con la muerte en el corazón, luchando contra la hulla por pura venganza, toda vez que habían dejado de oír las señales de aquellos á quienes intentaban salvar. Llevaban doce días de trabajo; quince habían transcurrido desde el de la catástrofe.

El nuevo desgraciado accidente renovó la curiosidad de Montson; todos los burgueses organizaban excursiones á la mina, con tal entusiasmo, que hasta los señores Gregoire se decidieron á seguir

el ejemplo de los demás. Arreglóse la expedición, quedando convenidos que ellos irían á *La Voreux* en su carruaje, en tanto que la señora de Hennebeau llevaría en el suyo á Lucía y á Juana. Deneulín les enseñaría las obras, y después, todos reunidos, regresarían por *Requillart*, para que Negrel les dijese en qué estado se hallaban sus trabajos, y si aún tenía esperanzas de buenos resultados. Por la noche comerían todos reunidos.

Cuando á eso de las tres los Gregoire y su hija Cecilia llegaron á la mina, encontraron á la señora de Hennebeau que los había adelantado, luciendo un traje azul marino, y defendiéndose del pobre sol de Febrero con una magnífica sombrilla de encaje. Precisamente estaban allí charlando Hennebeau y Deneulín, y ella escuchaba con aire distraído las explicaciones que este último le daba acerca de los esfuerzos hechos para encauzar el canal.

—¡Y para esto se molesta uno!—exclamó desilusionado el señor Gregoire.

Cecilia, muy alegre, contentísima de respirar el aire puro, reía y bromeaba, mientras la señora de Hennebeau, haciendo muecas de repugnancia, decía:

—La verdad es que no tiene nada de bonito.

Los dos ingenieros se echaron á reír, y trataron de interesar á los expedicionarios, explicándoles los diferentes sistemas de bomba y otros pormenores por el estilo; pero las señoras preferían pensar en otras cosas, porque todos aquellos horrores, luego por la noche producían pesadillas.

—Vámonos,—dijo la señora de Hennebeau, dirigiéndose á su carruaje.

Juana y Lucía protestaron. ¡Cómo! ¡Tan pronto! Y se empeñaron en quedarse allí, sacando vistas al lápiz de toda la mina, prometiendo que su padre las llevaría á la Dirección antes de la hora de comer. El señor Hennebeau subió al carruaje con su mujer; deseaba también preguntar á Negrel por el estado de las obras interesantísimas que dirigía. Todos esperaban que de un momento á otro se estableciera comunicación entre las víctimas del desastre de *La Voreux* y sus generosos salvadores.

—Bueno; id delante, que nosotros os alcanzamos en seguida—dijo el señor Gregoire.—Tenemos que hacer una visita de cinco minutos ahí, en el barrio de los obreros... Andad, andad, porque llegaremos á *Requillart* casi al mismo tiempo.

Tomó asiento en el carruaje, después de ayudar á subir á su mujer y á Cecilia; y mientras el coche del señor Hennebeau seguía la orilla del canal, el de ellos empezó á subir lentamente la cuesta que conducía al barrio.

Habían decidido completar su excursión con una obra de caridad. La muerte de Zacarías los tenía llenos de compasión hacia aquella trágica familia de Maheu, de la cual se hablaba en toda la comarca. No compadecían al padre, á aquel asesino de los soldados, al cual fué necesario matar como se mata á un lobo; pero la pobre mujer, que no tenía culpa de nada, lo pagaba todo, y después de que-

darse viuda, acababa de ver morir á su hijo, y quizás su hija Catalina no sería ya más que un cadáver enterrado entre los escombros de *La Voreux*, sin contar que se trataba también de un abuelo imposibilitado, de un muchacho cojo á consecuencia de un hundimiento en *La Voreux*, y de una chiquilla muerta de hambre en los días de la huelga. Y si bien aquella familia tenía merecidas, en parte, todas estas desdichas por sus detestables ideas políticas, habían resuelto olvidarlo todo, y, fieles á su sistema de perdón, llevarles una limosna. En un rincón del carruaje se veían dos paquetes cuidadosamente envueltos.

Una vieja indicó al cochero la casa de los Maheu, que era el núm. 16 de la segunda manzana. Los Gregoire se apearon con los paquetes debajo del brazo; llamaron inútilmente á la puerta. Nadie contestaba; la casa tenía todo el aspecto de una vivienda abandonada desde mucho tiempo antes.

—No hay nadie—dijo Cecilia, en tono de reproche.—¡Vaya un fastidio! ¿Qué haremos ahora de todo esto?

De pronto la mujer de Levaque abrió la puerta de su casa, y se presentó en el dintel.

—¡Oh! ¡señorita, perdonad! ¡perdonad!... ¿Buscáis á la vecina? Está en *Requillart*...

Y en un discurso larguísimo les explicó la situación, añadiendo que, como era necesario que los vecinos se ayudasen unos á otros, se quedaba ella todos los días con Leonor y Enrique en su casa, á

fin de que la pobre mujer pudiera ir á *Requillart*. Fijáronse luego sus miradas en los flos de ropa, y entonces empezó á lamentarse de su situación y de la de su pobre hija, que acababa de enviudar, con objeto de conmoverlos. Después de titubear un momento, añadió:

—Aquí tengo la llave; si los señores quieren absolutamente entrar, les abriré. Ahí dentro está el tío *Buenamuerte*.

Los Gregoire la miraban estupefactos. ¿Cómo? ¿El abuelo estaba allí, y no contestaba, á pesar de lo mucho que habían llamado? ¿Estaría durmiendo? Y cuando la mujer de Levaque abrió la puerta, el espectáculo que presenciaron los detuvo en el dintel.

Allí estaba el pobre *Buenamuerte*, solo, sentado en una silla delante de la chimenea apagada, con los ojos desmesuradamente abiertos y la mirada fija en la pared.

La habitación, sin el reloj que la animaba y los muebles que tenía antes, parecía más grande; en las paredes no quedaban más que los retratos del Emperador y de la Emperatriz, cuyos sonrosados labios sonreían con un aire de benevolencia oficial. El anciano no se movía, y estaba como si no viese toda aquella gente que se le había entrado por las puertas. Su aspecto era el de un idiota.

—No hagáis caso, si el pobre se muestra grosero—dijo la Levaque en tono amable.—Tiene la cabeza mala, según parece. Hace más de quince días

que no habla una palabra, ni hace caso de nada ni de nadie.

Turbados y llenos de disgusto, los señores Gregoire trataron, sin embargo, de pronunciar algunas palabras amistosas.

—Vamos—dijo el padre,—vamos, buen hombre; ¿qué es eso? ¿estáis mudo?

El viejo no volvió siquiera la cabeza.

—Debían daros una taza de aguas cocidas,—añadió la señora Gregoire.

El viejo continuó inmóvil y silencioso.

—Papá—murmuró Cecilia;—ya nos habían dicho que estaba imposibilitado, sino que no nos acordábamos...

Detúvose un momento. Después de colocar encima de la mesa un puchero de comida y dos botellas de vino, se puso á deshacer el otro paquete que llevaba, y sacó de él un par de zapatos enormes. Era el regalo que destinaban al abuelo; la joven estuvo un rato con ellos en la mano, y contemplando aquellos piés hinchados, que ya no podrían andar nunca.

—¡Caramba! Llegan un poco tarde, ¿no es verdad, buen hombre?—replicó el señor Gregoire, tratando de animar un poco aquella entrevista.—Pero, en fin, siempre son buenos.

Buenamuerte, ni oyó ni contestó; su semblante no perdía aquella frialdad ni aquella dureza que le asemejaban al de una estatua.

Entonces Cecilia dejó los zapatos en el suelo.

fin de que la pobre mujer pudiera ir á *Requillart*. Fijáronse luego sus miradas en los líos de ropa, y entonces empezó á lamentarse de su situación y de la de su pobre hija, que acababa de enviudar, con objeto de conmoverlos. Después de titubear un momento, añadió:

—Aquí tengo la llave; si los señores quieren absolutamente entrar, les abriré. Ahí dentro está el tío *Buenamuerte*.

Los Gregoire la miraban estupefactos. ¿Cómo? ¿El abuelo estaba allí, y no contestaba, á pesar de lo mucho que habían llamado? ¿Estaría durmiendo? Y cuando la mujer de Levaque abrió la puerta, el espectáculo que presenciaron los detuvo en el dintel.

Allí estaba el pobre *Buenamuerte*, solo, sentado en una silla delante de la chimenea apagada, con los ojos desmesuradamente abiertos y la mirada fija en la pared.

La habitación, sin el reloj que la animaba y los muebles que tenía antes, parecía más grande; en las paredes no quedaban más que los retratos del Emperador y de la Emperatriz, cuyos sonrosados labios sonreían con un aire de benevolencia oficial. El anciano no se movía, y estaba como si no viese toda aquella gente que se le había entrado por las puertas. Su aspecto era el de un idiota.

—No hagáis caso, si el pobre se muestra grosero—dijo la Levaque en tono amable.—Tiene la cabeza mala, según parece. Hace más de quince días

que no habla una palabra, ni hace caso de nada ni de nadie.

Turbados y llenos de disgusto, los señores Gregoire trataron, sin embargo, de pronunciar algunas palabras amistosas.

—Vamos—dijo el padre,—vamos, buen hombre; ¿qué es eso? ¿estáis mudo?

El viejo no volvió siquiera la cabeza.

—Debían daros una taza de aguas cocidas,—añadió la señora Gregoire.

El viejo continuó inmóvil y silencioso.

—Papá—murmuró Cecilia;—ya nos habían dicho que estaba imposibilitado, sino que no nos acordábamos...

Detúvose un momento. Después de colocar encima de la mesa un puchero de comida y dos botellas de vino, se puso á deshacer el otro paquete que llevaba, y sacó de él un par de zapatos enormes. Era el regalo que destinaban al abuelo; la joven estuvo un rato con ellos en la mano, y contemplando aquellos piés hinchados, que ya no podrían andar nunca.

—¡Caramba! Llegan un poco tarde, ¿no es verdad, buen hombre?—replicó el señor Gregoire, tratando de animar un poco aquella entrevista.—Pero, en fin, siempre son buenos.

Buenamuerte, ni oyó ni contestó; su semblante no perdía aquella frialdad ni aquella dureza que le asemejaban al de una estatua.

Entonces Cecilia dejó los zapatos en el suelo.

—¡No tengáis cuidado, que no dará las gracias siquiera!—exclamó la Levaque, mirando los zapatos con envidia. — Eso es echar margaritas á puercos...

Y siguió hablando, á ver si conseguía llevar á su casa á los Gregoire, y hacer que se compadeciesen de ella. Por fin, imaginó un pretexto, cual fué, el de alabarles á Leonor y á Enrique, que eran muy monos, y tan inteligentes y tan listos, que contestaban como ángeles á todo cuanto se les preguntaba. Ellos explicarían á los señores lo que quisieran saber.

—¿Vámonos, hijita mía?—dijo el señor Gregoire, que estaba deseando salir de allí.

—Sí, allá voy,—respondió la joven.

Cecilia quedó á solas con *Buenamuerte*. Lo que la retenía allí, fascinándola, atrayéndola, era que creía conocer al viejo; ¿dónde había visto aquella cara escuálida, lívida, surcada de manchas de carbón? De pronto lo recordó todo; recordó las turbas amotinadas que la rodearon, amenazándola, y sintió unas manos heladas que la cogían por el cuello. Eran las de aquel viejo; volvía á fijarse en él, le miraba las manos que tenía puestas en las rodillas, manos de obrero, en las cuales residía toda su fuerza; puños de hierro sólidos aún, á pesar de la edad, capaces de matar á cualquiera con la sola presión de los dedos. Poco á poco *Buenamuerte* parecía ir despertando de su letargo, y á su vez examinaba á la joven con extraña atención. De repente sus me-

jillas se colorearon, como si toda su sangre afluyese á la cabeza, y un temblor nervioso contrajo su boca, por entre cuyos labios se escapaba un hilo de saliva negra.

Atraídos uno hacia otro, ambos permanecían inmóviles, contemplándose en silencio: élla, fresca, hermosa, llena de juventud y de vigor; él, arrugado y horrible, verdaderamente asqueroso por efecto de su prematura hereditaria decrepitud. El contraste no podía ser más grande.

Al cabo de diez minutos, cuando los señores Gregoire, inquietos, viendo que Cecilia no salía de allí, volvieron á entrar en casa de Maheu, dieron un grito terrible de angustia y de dolor: su hija yacía en el suelo, con la cara amoratada por efecto de una estrangulación. Los dedos enormes de *Buenamuerte* habían quedado marcados en su cuello, y el viejo había caído al suelo, al lado de su víctima, sin poderse levantar.

Tenía las manos abiertas, y miraba á la gente con aquella expresión de idiotismo que no le abandonaba ya.

Jamás se pudo establecer con exactitud la verdad de los hechos. ¿Por qué se acercó Cecilia al viejo? ¿Cómo éste, que no podía moverse de la silla, la había cogido del cuello?

Indudablemente élla se habría defendido, y era extraño que nadie oyera ni una queja, ni un lamento, ni un grito.

Era necesario creer en un ataque repentino de

locura furiosa, en una tentación inexplicable de asesinar, á la vista de aquel cuello tan blanco y tan bien cuidado de la joven. Tal acto de salvajismo llamó mucho la atención en aquel viejo imposibilitado, que había vivido siempre como un hombre honrado, como una bestia resignada, y siendo enemigo de las ideas modernas que empezaban á propagarse entre los obreros. ¿Qué rencor, ignorado hasta por él mismo, lo había llevado al asesinato?

El horror que todo ello inspiraba convenció á la gente y á la justicia de que era irresponsable, y de que aquel asesinato era el crimen de un idiota.

Los señores Gregoire, arrodillados junto al cadáver de su hija, gemían, inconsolables en su dolor terrible. Aquella hija adorada, aquella hija á quien tanto amaban, aquella cuyo sueño subían á contemplar de puntillas para no interrumpirlo, para la cual todo les parecía poco, había dejado de existir á manos de un asesino inconsciente. ¿Para qué querían vivir ya, si no habían de vivir con ella y para ella?

La mujer de Levaque, horrorizada, no hacía más que gritar:

—¡Ah! ¡Viejo bribón! ¿Qué demonios has hecho? ¿Quién había de esperar cosa semejante!... ¡Y su nuera que no vendrá hasta la noche! ¿Queréis que vaya á buscarla?

El padre y la madre, anonadados, no contestaban.

—¿Eh? Será mejor.... Allá voy.

Pero antes de salir, la mujer de Levaque miró

los zapatos. El barrio entero se había puesto en conmoción; la gente se apiñaba á la puerta de la casa. Probablemente alguien robaría los zapatos. Además, en casa de los Maheu no quedaba ningún hombre á quien le sirvieran.... Un minuto después, sin titubear ya, los cogió debajo del brazo y se marchó con ellos. Debían estarle muy á la medida á Bouteloup.

En *Requillart*, los señores de Hennebeau estuvieron con Negrel mucho rato esperando á la familia Gregoire.

Aún se hallaban allí cuando llegó la mujer de Levaque en busca de su vecina, y contó lo sucedido.

La señora de Hennebeau estuvo á punto de desmayarse. ¡Qué horror! ¡Pobre Cecilia! ¡Tan alegre, tan animada aquella misma mañana! El señor Hennebeau tuvo que hacer entrar á su mujer en la cabaña de Mouque un momento, para que se repusiera de la emoción. Con mano torpe y nerviosa le desabrochaba el vestido, excitado de no sé qué extraños deseos, al oler el perfume que salía de su seno. Y cuando élla, con lágrimas en los ojos, abrazaba á Negrel, dándole el pésame por aquella desgracia que impedía su boda; cuando el marido los vió lamentando juntos la muerte de aquella pobre muchacha, se sintió satisfecho y libre de una preocupación, la de que aquella desgracia lo arreglaba todo, porque prefería que su mujer se quedase con el sobrino, no fuese á hacer el diablo que le sustituyera el cochero ó el criado de su casa.